

LOS TRASTORNOS DEL PROCESO EVOLUTIVO EN LA PATOLOGÍA SÍQUICA INFANTIL Y JUVENIL

por el Prof. JAKOB LUTZ

De la Universidad de Zurich

Con el fenómeno de la evolución destacamos los hechos decisivos en la vida del niño y del joven. La evolución está presente, como contenido, en cuanto el niño manifiesta. Estimulada o frenada, la encontramos en todo lo que atañe a la vida del niño. En ella ponemos nuestra esperanza de que se desenvuelva bien, pero también toda nuestra preocupación si muestra rasgos morbosos.

En la forma más asequible a nuestra visión se nos presenta en los fenómenos físicos. En el crecimiento del cuerpo aparece como algo mensurable. Pero es más que crecimiento. Se evidencia en la adquisición de la libre motilidad, del lenguaje, de la facultad de pensar, del desarrollo de la fantasía, de la capacidad de abstracción, del pensamiento psicológico y de muchas otras cosas. Pero es más que simple y creciente riqueza en posibilidades del sentir, del pensar y el obrar. En todo esto se manifiesta de modo visible. Mas en sí misma es una fuerza invisible que obra en todos nosotros según determinadas leyes.

Estas leyes son por lo pronto impersonales, específicas, propias de la especie. En el marco de lo saludable obran en todos los seres humanos de modo idéntico, con sólo pequeñísimas variaciones. En el transcurso temporal su plan y sus metas son algo determinado y son mantenidos, como un todo, a lo largo de décadas, incluso de siglos. Pueden ser concebidos con exactitud matemática según determinadas normas. En el gran grupo la manifestación de un fenómeno típico de la edad se ordena según la curva de Gauss. No sólo hay normas típicas de la edad las hay también que son características de determinadas razas o que se relacionan a conexiones geográficas o sociológicas o de otra clase.

La evolución no se verifica en forma regular, lineal, sino en forma de fases de transformación, de metamorfosis. El tránsito de una fase a la otra es tan llamativo, que no sólo en lo que atañe al acaecer físico, sino en lo que se refiere a la psique, se habla de un verdadero cambio formal. Si el niño en la entraña sigue siendo él mismo, en carácter y comportamiento es, sin embargo, distinto cuando, por ejemplo, de la irreal fantasía de la edad preescolar pasa a la edad escolar y a partir de los diez años dispone ya de la

capacidad de abstracción como posibilidad del pensar, o bien avanza en el terreno de vivencias nuevas por completo en la pubertad.

¿A dónde lleva el proceso evolutivo del niño y del joven saludables? Lleva a la madurez. En ella encuentra su meta y su fin. Psicológicamente observadas, están desarrolladas las funciones primarias del pensar; sentimiento y voluntad aparecen diferenciados y ordenados. La madurez, sin embargo, no se agota en esto jamás. A ella pertenece el resultado que se verifica a la par que el del desarrollo personal: el individual desenvolverse del núcleo de la personalidad. Éste imprime, ya muy pronto, al principio sólo algunos matices en el acaecer condicionado por la herencia, el medio y la especie. Pero los rasgos individuales son luego cada vez más claros. Tenemos ante nosotros un ser humano que ha alcanzado la madurez si puede hablar con razón de conciencia propia, de confianza en sí mismo, de seguridad en sí mismo, de independencia y de responsabilidad. Pues puede decirse que él mismo está en posesión de sus facultades psíquico-espirituales, que ha sabido integrarlas en una totalidad rotunda, estructurada, ordenada, que funciona con unidad. Para alcanzar este núcleo de la personalidad, la elemental evolución de los primeros veinte años de vida sólo fueron el preludeo. La madurez lograda así trae consigo el auténtico despertar, mas, en modo alguno, la perfección de lo ya insuperable. Se trata, en realidad, de la individualidad en advenimiento. No sitúa en un final, sino en el tránsito a la vida individual verdadera. El así colocado es ya el apto y dispuesto para el viaje decisivo, el que ha hallado, o por lo menos sentido en el mundo, orientación y meta para la evolución humana al haber desarrollado en sí mismo la inteligencia, la voluntad y la energía.

De este cuadro de la evolución humana saludable se diferencia la patológica de diversas maneras. Unas veces se trata de desviaciones temporales de la norma, otras de desviaciones cualitativas. Procuraremos aclararlo en cinco ejemplos.

Nos referiremos por lo pronto a la evolución alterada temporalmente: a la aceleración y al retardo. La aceleración secular, sin embargo, ese más rápido trans-

currir de la evolución de niños y jóvenes, observado desde hace unos cien años, claramente visible desde hace cincuenta años, no puede ser calificado de fenómeno patológico. Se trata de una universal alteración del acaecer evolutivo que se manifiesta más en los niños de las ciudades que en los del campo y en los alumnos de la enseñanza media más claramente que en los aprendices de la artesanía. Sin embargo, en conexión con nuestro sistema escolar y nuestra forma de educación, provoca ocasionalmente tensiones que pueden rozar lo patológico. Es seguro que el comienzo de la madurez escolar a los siete años, así como el fin de la madurez primaria en su conjunto al terminar las dos primeras décadas de la vida, son los mismos de antes. Ahora bien, el hecho de que en los últimos cincuenta años la madurez sexual se haya adelantado en dos años en las muchachas y en un año y medio en los muchachos por término medio, ha traído consigo que en la fase media de nuestras escuelas sobrevengan más problemas de la pubertad y sobre todo que el espacio entre la madurez física y la madurez de la personalidad, es decir, el lapso de pubertad y adolescencia, se haya agrandado. Puede ello constituir una de las más importantes causas de los problemas de la muchachada. Debemos, pues, en el futuro, dar pedagógicamente orientación y configuración distintas a la segunda década de vida de nuestra juventud.

Presentan un aspecto ya verdaderamente patológico aquellos jóvenes cuya evolución se acelera o retarda parcialmente, siendo, por lo tanto, asincrónica. Se incluyen aquí los que por un lado manifiestan madurez e independencia demasiado pronto, todavía con ordenación insuficiente, los de anticipada y apresurada actividad, desgobernada aún. Entre los muchachos criminalmente activos y las muchachas descontroladas, se encuentran algunos de este tipo de acelerados asincrónicos. Su tipo opuesto son los retardados, de carácter a menudo pasivo, poco comunicativo. Antes se les llamaba —y aún se les llama— “infantiles” al ser su comportamiento más infantil de lo que correspondería a su edad. Su evolución, desigualmente retardada, se hace evidente cuando se compara el retrasado comportamiento, impropio de su edad, con el desarrollo físico, acorde con la edad y perfectamente normal a menudo. Entre los criminales son generalmente los inducidos, entre los escolares los corpulentos e ingenuos al mismo tiempo. Debe distinguirse entre los retardados y los imbeciles, definitivamente limitados en su evolución. Los retardados, en cambio, como su denominación lo indica, los de desarrollo rezagado, quedan retardados frecuentemente durante un lapso. La aceleración y el retardo parciales pueden compensarse en la tercera década de la vida, a menudo ya al

terminar la segunda. Ambas desviaciones arraigan, en parte, en el carácter y el temperamento, mas también, sin embargo, están frecuentemente vinculadas al descuido y el descontrol, a la opresión. Prácticamente casi todo niño neurótico evidencia, además de otros rasgos, estas desviaciones evolutivas, generalmente en el sentido de un retardo, que pueden manifestarse en merma de la capacidad escolar.

Constituye un segundo tipo de irregularidad evolutiva el desarrollo estructuralmente inarmónico. Se manifiesta en aquellos niños con rarezas heredadas de instinto y de carácter, en los que la confrontación con el medio y sus exigencias trae consigo variantes anormales de la personalidad. Se llama a estas variantes psicopatías. La perturbación por lo pronto observada en los adultos, se manifiesta también en los niños en forma de medrosidad enfermiza, pobreza de ánimo, impulsividad instintiva, hipersensibilidad, excitabilidad, seria depresión de naturaleza permanente, exagerada actividad, más tarde inestabilidad o pensar confuso. A todos falta la saludable proporción armónica del carácter. Algunos muestran estallidos desbordados de impulsos incontenibles, otros deseos que piden ser satisfechos con intensidad desmedida. Carecen de orden razonable y de íntima contención: no están integrados. Su inarmónico carácter les hace sufrir a menudo y hacen difícil la vida a los que les rodean. Su estructura no está equilibrada, en sus acciones y reacciones no saben adaptarse en la justa medida, ni en el sentido de la movilidad, ni en el de la atenuación. Pecan por defecto o por exceso. Llegados a los veinte años podrá haber alcanzado la madurez su cuerpo y haberse desarrollado primariamente su psique, pero se echará de menos la rotundidad armónica de la personalidad. La ecuanimidad no podrá mantenerse, ni ser compensadas suficientemente y a tiempo, vacilaciones y oscilaciones. Perturba aquí el proseguir del desarrollo una excesiva irritabilidad o una anormal avidez de propia valorización y una insuficiente vinculación con el medio y con los deberes a que éste obliga. Una indomitable impulsividad instintiva maniobra la exclusión del psicópata de la sociedad humana.

Se evidencia otra extrema perturbación evolutiva cuando un niño padece una enfermedad incurable heredo-degenerativa del sistema nervioso. En la forma juvenil de la idiotez con amaurosis, por ejemplo, hasta el comienzo de la enfermedad, al cumplir los seis años aproximadamente, la evolución avanza sin que se note nada, en forma normal. Al enfermar el niño cesa el desarrollo psíquico y es reemplazado por un inequívoco retroceso. No sólo disminuye la agilidad del pensar y el conocer tal como hasta el momento se había desarrollado, sino que el interés y la refle-

ción en el orden inteligente de las actividades se hace más débil en estos niños que entretanto se han quedado ciegos y han empezado a sufrir de ataques epilépticos. Pronto sobreviene la dificultad en el lenguaje, tardan en formar las frases y encontrar las palabras, la expresión se hace monótona, sin carácter, confusa. También la diferenciación en el sentir retrocede y a menudo sobreviene una irritabilidad afectiva, así como una gran excitabilidad y accesos de llanto como señales de perturbación psico-orgánica. En fases posteriores predomina un embotamiento general. Disminuye en forma constante en estos enfermos el interés por cuanto les rodea, por las pequeñas actividades prácticas. Cada vez más estos pacientes, antes sanos, producen una impresión de estupidez y se encuentran cada día más desamparados. Finalmente tenemos ante nosotros a un completo idiota que ocasionalmente emite sonidos inarticulados sin ningún sentido ya. Los movimientos son cada vez más flácidos y lentos y proceden como en un ininterrumpido impulso estereotipado. Por fin estos enfermos deben ser alimentados artificialmente, no pueden tenerse en pie, ni estar sentados y deben yacer en cama hasta su muerte tras ocho a diez años de sufrimientos. Han padecido una total desintegración de la personalidad, se ha hecho en ellos imposible un ulterior desarrollo y lo antes desarrollado ha quedado destruido. Llámase a este fenómeno proceso demencial, resultado de una demencia, consecuencia de la incurable enfermedad del cerebro. La destrucción de la psique se produce paralelamente a la del cuerpo.

De especial interés clínico-médico y terapéutico-pedagógico es la situación de aquellos niños con un proceso patológico cerebral o una lesión al cerebro, que no acarrearán la muerte ni la total desintegración psíquica. Uno de estos niños —de uno a tres años de edad generalmente— puede haber sobrevivido, por ejemplo, a una inflamación aguda del cerebro. Deja de jugar y de hablar, pierde, en gran medida, o totalmente, el interés por cuanto le rodea, sus movimientos se hacen cansinos, o están frenados y sin dominio. En el transcurso de pocas semanas se llega a una desarticulación más o menos grave que ha acarreado la correspondiente demencia. Si se ha conseguido curar el órgano enfermo, si el daño no es demasiado grave y los cuidados y el influjo terapéutico-pedagógico producen su efecto, ocurre algo significativo. La evolución, que se había suspendido por completo, se va reanudando lentamente. A menudo debe empezar desde el principio con la recuperación de las funciones motoras, la reaparición del interés y sobre todo con la fortificación del organismo a fin de que concentración y percepción sean posibles en cierto lapso. La lentitud con que se produce este proceso de curación pone a

dura prueba la confianza y la paciencia del médico, del pedagogo, de los padres y del paciente mismo. Habrá que sobreponerse a todo esto, pues bajo las mencionadas premisas la evolución, en un principio gravemente afectada y bloqueada, se restablece efectivamente. Las fases al comienzo mencionadas representan aquí un gran papel. En sus límites se producen a menudo los virajes decisivos de la curación.

El tratamiento de la evolución infantil afectada de este modo requiere una múltiple atención por parte de cuantos en él participan. La tarea del médico no puede darse en absoluto por concluida con la desaparición de los síntomas agudos de enfermedad o lesión. Los fenómenos que como consecuencia se producen, exigen aún su ayuda durante años a menudo. No es raro que estos niños sufran de dolores, torturantes desarreglos vegetativos y perturbaciones en el sueño. Hipersensibilidad, carácter irritable y mal humor son su expresión y causa de muchas dificultades en estos reconvalecientes. El tratamiento médico alivia muchas de estas dificultades, suaviza las molestias y logra también relajar estados sordos y maniobrar el estímulo. Pero lo que traerá la ayuda decisiva para estos niños es una compleja pedagogía curativa que, respaldada constantemente por la atención médica, con los ejercicios de exacta adecuación practicados sin pausa, logra reconstruir el lenguaje y la facultad de pensar, mientras antes en el mejor de los casos se conseguía con recursos artísticos, partiendo de insignificantes comienzos despertar e intensificar de nuevo la atención y el interés hacia el mundo exterior.

Este esfuerzo terapéutico-pedagógico no correrá sólo a cargo del médico: requerirá ser ayudado por una gimnasia curativa especial y completado por el tratamiento del lenguaje. Pues de lo que se trata es de poner en acción desde todos lados, nuevamente, tanto el cuerpo como la psique. Si se procede adecuada e incansablemente son posibles mejorías que dada la gravedad del estado agudo de la dolencia nunca se hubieran imaginado.

En la sinopsis final sobre las evoluciones psíquicas patológicas deberemos conformarnos con los ejemplos expuestos. Las alteraciones debidas a anteriores descuidos, las destrucciones como consecuencia de la esquizofrenia o la epilepsia, no pudieron ser descritas. Se insertan por sí mismas, sin embargo, en el cuadro de la exposición general. Los ejemplos demuestran que sería perfectamente posible describir todos los fenómenos de la psicopatología juvenil desde el punto de vista evolutivo. Pues toda sería enfermedad del cuerpo o de la psique hace estragos en la impersonal y elemental evolución. Mas también se ve amenazada por factores desfavorables hereditarios y del medio.

Unas veces la morbosidad tiene carácter transitorio, otras se mantiene durante las dos décadas evolutivas y finalmente otras durante toda la vida. Evolución y retardo pueden compensarse más tarde. La inarmonía del psicópata podrá —lo que no quiere decir que deberá— atenuarse con los años, incluso adquirir un carácter fecundo. Lo por lo pronto bloqueado por la dolencia cerebral puede de nuevo resolverse con el tiempo y ser reemplazado por una evolución, si bien limitada, no carente de perspectivas.

En múltiples formas salen a nuestro encuentro las evoluciones patológicas. Debemos aspirar a verlas y comprenderlas en sus justas proporciones y mantenernos en una actitud de noble y vigilante atención y respeto ante el ser humano también cuando se presente a nuestra mirada en una forma evolutiva atrofiada o deforme.

(Traducción de Ramón de la Serna)

INDIVIDUO Y COMUNIDAD

Si bien el adquirir conciencia de la individualidad responde, ciertamente, a la determinación natural, no constituye toda la finalidad, sin embargo. El propósito de la educación humana no puede ser, de ningún modo, la creación de un anárquico conglomerado de existencias individuales. Respondería esto excesivamente al ideal de un individualismo sin valla que en sí solo es una reacción patológica frente a un colectivismo igualmente inadecuado. La individuación consiste en llegar a ser una sola cosa consigo mismo y con la humanidad, que es lo que uno es, al cabo. Afianzada así la situación del individuo, queda establecida la garantía de que la acumulación organizada de los individuos en el Estado, incluso en el dotado de gran autoridad, no llegará a constituir ya, entiéndase bien, una masa anónima, sino una comunidad consciente. Para ello es premisa ineludible la consciente y libre elección de la decisión individual. Sin esta autonomía y libertad del individuo no hay verdadera comunidad y —debemos decirlo— sin semejante comunidad, el individuo independiente que se basa en sí mismo no podrá a la larga prosperar y desarrollarse.

CARL GUSTAV JUNG